

Louise Rainer, la destacada intérprete de "MADRE TIERRA"

EL DIA

AÑO VI - Nº 237 Montevideo, Julio 25 de 1937





MEDALLA CONMEMORATIVA DE LA COLOCACION DE LA PIEDRA FUNDAMENTAL DE LA CARCEL PREVENTIVA Y PENITENCIARIA EN 1884

LAS cárceles y la vida de los presos constituyeron un drama permanente desde la época colonial.

Al comienzo, la única seguridad posible la daban los hierros... "por ello y porque al presente hay entera escasez de las referidas prisiones para tener bien custodiados a los reos", el Cabildo de Montevideo, en acta de 6 de Febrero de 1784, determinó se mandaran hacer "diez pares de grillos, seis bragas, doce grilletes, dos colleras, cuatro pares de esposas, un martillo, una sufridera, dos punzones, un par de cortafierros y un quecito".

De la vida de los presos informan estos párrafos de la misma acta: " yporque asi mismo se nota la precisión que hay de mandar formar una cocina de media agua para hacer en ella la comida con que se deben alimentar los dichos presos, respecto a que al presente con la mayor in comodidad se les hace en el corralón del Cabildo, en donde las intemperies no permiten los más de los días el que se les pueda cocinar, siguiéndose de aquí mil miserias a los infelices encarcelados".

Así que cesaron los Cabildos coloniales, a cuyo cuidado habían estado las cárceles, el Gobierno Provisorio de la Provincia Oriental las puso bajo la inspección del Departamento de Policía, en Enero de 1827.

Pocos días más tarde, el servicio de cárceles fué reglamentado por la misma autoridad, instituyendo en cada prisión un alcaide que, entre el número de atribuciones, facultades y deberes, cuidaría "muy especialmente de la conveniente distribución de la guardia, del aseo, limpieza y ventilación de los calabozos; de que los presos guarden el orden debido y que no se empleen en el juego ni otras ocupaciones y actos contrarios a la moral", debiendo asimismo avisar al juez cuando los alimentos que dieran a los presos fuesen escasos o insalubles".

Pero con estas pragmáticas pasaba lo mismo, exactamente, que con las decantadas Leyes de Indias, que cierta laya de historiadores aparecida no hace mucho y que va en camino de maldecir de la independencia americana y de los próceres libertadores a fuerza de profesar un españolismo conservador y de sacristía, viven alabando. Leyes excelentes, leyes sabias, leyes adelantadas a su época, leyes suavísimas, legislación como para niños y menores, llegan a decir, pero leyes que no eran sino letra muerta, con la trampa hecha antes que la misma ley, leyes desfiguradas, violentadas e incumplidas por los funcionarios arbitrarios, inferiores y rapaces, tal como los que tuvo que soportar Cuba hasta los últimos días del dominio español, ejemplos patentes que nadie puede negar de buena fe y alcanzados por nosotros mismos.

Por eso el 4 de Febrero de 1829, habiendo notado el gobierno la inobservancia de lo legislado dos años antes, los graves inconvenientes derivados "y los efectos no menos perjudiciales a los infelices a quienes su desgracia ha conducido a aquellos lugares de seguridad", reiteró sus buenas palabras, inútiles desgraciadamente, recomendando "a la humanidad y celo del señor Alcaide, conciliar con lo que la ley previene, lo que la filatropia exige de nosotros..."

Pura Ley de Indias, conforme a lo dicho.

La reforma carcelaria era a permanencia un postulado nacional, tan premioso como insoluble.

A fines del año 1856, la Junta E. Administrativa de Montevideo denunció al Poder Ejecutivo el desorden y abandono de la cárcel, que importaba una infracción de cuantas leyes o reglamentos estuvieran vigentes.



CORONEL JUAN QUINCOCES, PRIMER JEFE DE LA CARCEL PENITENCIARIA

En su respuesta del ministro de Gobierno, Dr. Joaquín Requena, dice que la superioridad no ha olvidado el pensamiento de mejorar las cárceles y que el Presidente Pereira, en el deseo de llegar a una realidad, visitó personalmente el Fuerte de San José, el Cuartel de Dragones y la antigua panadería de Morales, haciendo lo mismo Requena con el Colegio de la Unión, localidades todas que podían servir para los deseados fines.

"Una penitenciaría es indispensable, — agrega, — pero el gobierno debe resignarse a mantener entre tanto nuestra mala cárcel porque, obligado a garantir la seguridad individual de las personas, y a evitar la impunidad de los delitos, no le es permitido ir hasta el extremo de no tener cárcel, ya que no puede tenerla buena".

Durante su administración policial, en 1861, Santiago Botana estableció en la cárcel pública una especie de taller de oficios, que funcionó con recomendables resultados.

Atento al éxito del ensayo, se dirigió al gobierno del Presidente Berro, solicitando la pronta instalación de una penitenciaría, pero el gobierno limitóse a pasar dicha nota "a la Inspección de Obras Públicas para que, consultando los sistemas más avanzados respecto a la penitenciaría, presente un sistema de construcción que crea deber adoptarse para la República".

El inspector general comenzó a preparar unos planos, que era algo así como dejar por muerto el asunto, que parece no movió mucho el interés de Berro, a quien desde hacía tiempo el mismo jefe político

PRESOS

GALERIA DE PRESOS DEL TALLER, S[...]GUN UNA FOTOGRAFIA POLICIAL DE 1877





LA PENITENCIARIA DE LA CALLE MIGUELETE, EL AÑO 1888, CUANDO SE INAUGURO EN PLENO DESCAMPADO DEL BARRIO DEL RETIRO

Botana le había demostrado—por escrito —la posibilidad de emprender en seguida tan útiles obras "por tenerse ya reunidos —según escribe persona de responsabilidad—los fondos necesarios".

"Todo el mundo — añade el mismo publicista, — espera con ansiedad la ejecución de ese pensamiento, destinado a mejorar la condición física y moral de los presos, permitiéndoles trabajar para su rehabilitación y salvándolos del funesto

Y CARCELES

contagio que fortifica toda inclinación al vicio o al crimen".

Era la época en que los infelices encerrados en las crugías del Cabildo sacaban las manos por las rejas que daban a la calle Sarandí, implorando la caridad de los transeuntes, como en las viejas ciudades de Oriente...

No había experiencia que no se hubiera hecho y los presos no encontraban acomodo en ningún lado, del Cabildo pasaron al Colegio de la Unión, de allí al ruinoso Cuartel de Dragones, donde estaban en 1870, en 1874 fueron trasladados al Cerro conforme en otra ocasión se les destinó a la Isla de Ratas, y hasta se confinaron algunos en pontones en el medio de la bahía.

Sólo faltó ensayar el sistema de jaulas, que el famoso ministro Portales implantó en Chile, para su vergüenza.

Durante la administración del general Batlle, el diputado José Candido Bustamante mocionó, en 1869, para que se fijaran en cada presupuesto anual veinticuatro mil pesos destinados a construir sobre cuotas mensuales de mil pesos, la moderna cárcel tan reclamada.

Pero llegóse hasta el gobierno discrecional del coronel Latorre, y todo continuaba en proyecto.

El dictador dispuso la construcción de una cárcel, de sencillo y amplio barracón en el solar de la calle Yí, entre 18 y San José, donde más tarde sentó la Correccional.

Este fué el famosísimo Taller de Adoquines, conforme lo bautizó el pueblo.

Sin embargo, aquella cárcel que ganó terrible fama, por circunstancias inherentes a un nefasto período de dictadura, representó un enorme progreso sobre todas las prisiones anteriores, verdaderos antros de perdición y de horrores.

Implicaba, por lo pronto, el abandono de la holganza y la promiscuidad, para instituir un sistema de trabajo obligatorio sistematizado.

Porque debe saberse que, al par de la cárcel de la calle Yí, — conocida por Taller de Adoquines, — hubo un taller de alfarería, equivalente por su grado a una especie de Correccional, y la cárcel de mujeres, que fué instalada en el Buen Pastor.

La elección del mayor Emilio Reynaud, ex segundo jefe del 3.o de Cazadores, para colocarlo al frente del penal que entraba a funcionar, constituyó un acierto: tratábase de un hombre inteligente, con notorias dotes de organizador, que era lo que allí hacía falta.

Buen oficial, hijo de un conocido periodista francés, fué buen funcionario.

El reglamento del taller suprimió las cadenas y los grillos y abolió las mortificaciones inútiles, e instituyó inapelablemente un régimen de trabajo que duraba más de diez horas, pero — no podía faltar la pragmática leguleyística, — "sin que se obligue a nadie a hacer más de lo necesario".

Reynaud consiguió poner las bases de un establecimiento, si no concorde con la Penitenciaría que se reclamaba por todos, cuando menos bastante para remedio de graves e inveteradas malas prácticas.

Los presos, divididos en dos brigadas, bajo la mirada de un cuerpo de capataces y vigilantes, trabajaban en talleres de herrería, carpintería, etc.

Las cuadras eran amplias, los patios soleados, los talleres en buenas condiciones todo con servicio de gas y aguas corrientes.

Lo que nunca se había visto todavía: todos los penados vestían traje uniforme de lienzo azul, sombrero de paja en verano y número distintivo.

Sin embargo, un lado malo hubo en este ensayo de penal, que lo desacreditó, haciéndolo odioso y marcándolo con tizne de infamia, y ello provino de que la dictadura hizo del Taller una prisión de Estado, abusiva y brutal, reflejo del sistema político imperante.

La justicia excepcional residente en el jefe del Poder Ejecutivo con atribuciones soberanas—la misma que cuando lo creíamos imposible retoñaría para vergüenza de la nación — hizo del Taller de Adoquines una especie de Bastilla.

La palabra superior, una seña si a mal no venía, constituyeron una carta de encierro tan formal como las de los antiguos reyes de Francia.

Mientras tanto, desde el 2 de octubre de 1877, una comisión especial tenía a su cargo hallar el modo de resolver a fondo la compleja cuestión de la Cárcel Penitenciaria que más conviniera, todos los intereses consultados.

Ocurrió, al fin, la caída de Latorre, tras del cual vinieron el breve gobierno del doctor Vidal y la presidencia del general Máximo Santos.

Dispuesto a llevar las cosas a término y previo informe de la comisión redactora del Código Penal, Santos decretó, el 12 de diciembre de 1882, fundamentándola en varios considerandos, la construcción "con calidad de urgencia" de una Cárcel Central de Prevenidos, en una cuadra cuadrada dentro del radio de la ciudad novísima, y de una Penitenciaría Modelo en área de nueve cuadras en sitio aparente y propias para el cultivo".

La vieja comisión de 1877, que todavía integraban los señores coronel Luis E. Pérez, Tomás de Tezanos, doctor Ildefonso García Lagos, ing. Rodolfo de Arteaga, Pedro Piñeyrúa, José M. Montero, Manuel Montaño, Pedro Visca y Juan Jackson, fué integrada con los doctores Joaquín Requena, J. M. Castellanos, Lindoro Forteza, y los señores Alberto Flangini, Federico Paullier, José C. Bustamante e ingeniero Juan Alberto Capurro.

El plan, demasiado amplio, se limitó más tarde a la construcción de una cárcel única, a la vez penal y correccional, de acuerdo con el proyecto que a título gratuito confeccionó generosamente el ingeniero Capurro.

Las obras, sacadas a licitación, fueron dadas al constructor italiano Emilio Turrini.

Para asiento de la nueva cárcel eligiéronse unos extensos terrenos baldíos de propiedad fiscal en el paraje conocido entonces por El Retiro, un poco antes de llegar a la antigua quinta de Pretti, vale decir, antes de llegar a la actual calle Inca, en su cruce con Miguelete.

Se destinaron a la obra los fondos, de tiempo dirigidos a ese fin, y provenientes de la herencia yacente del doctor Atanasio Lapido (que después de algunas incidencias y maniobras que mucho dieron que hablar representaban todavía unos 107 mil pesos) y el resto, hasta 300 mil pesos, se tomó del presupuesto general de gastos.

Por la disposición de 11 de Enero de 1884, que es a la que me vengo refiriendo, las cantidades primitivas iban aumentadas en 50 mil pesos, para dar más capacidad a los radios, oficinas de los juzgados que debían funcionar en el mismo edificio y casas para el director y el médico.

El 13 de Marzo de 1885 — ese día era fecha santista, pues recordaba la renuncia del dictador Latorre, por imposición de Santos, — no lejos de la plazuela del Retiro, especie de ensanche de la calle Bequeló, tuvo lugar la colocación de la piedra fundamental del nuevo gran establecimiento penal.

Presidió la ceremonia el general Máximo Santos, primer magistrado de la República, que pronunció el discurso de orden, contestándole el doctor Joaquín Requena, presidente de la comisión que había tenido a su cargo los trabajos preparatorios y que seguiría controlando las obras.

Al grabador Vera encargósele la medalla recordatoria, que fué acuñada en oro, plata y bronce, con un costo de algo más de 900 pesos. También fué Vera quien ornamentó la cuchara o llana de oro con mango de jacarandá con aplicaciones de plata.



SARGENTO MAYOR EMILIO REYNAUD, JEFE DEL TALLER NACIONAL

Con motivo de esta ceremonia fueron indultados los presos Florencio Soto y Francisco Caracciolo, elegidos entre los del Taller por su excelente conducta.

Asistió al acto monseñor Inocencio Yéreguy, y al hallarse frente a frente el obispo católico y el presidente liberal,—en días de encarnizadas lizas ideológicas — hubo pequeños tiquis-miquis que no pasaron desapercibidos.

Cuatro años más tarde, en la presidencia del general Tajes, el 25 de Marzo de 1888, el ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, doctor Duvimioso Terra, inauguraba la Cárcel Preventiva y Penitenciaria, recibiendo del anciano jurisconsulto doctor Requena la llave del establecimiento.

Poco después se tiró el decreto que designaba al coronel Juan Quincoces, jefe del nuevo penal, cargo que desempeñó varios años destacando sus envidiables condiciones de laboriosidad y de honradez.

Así fué como Montevideo vino a contar con un excelente establecimiento carcelario, del sistema llamado Panóptico, que se tenía entonces por la última palabra en materia de cárceles modernas, aunque después, en la práctica universal, tocáronse los inconvenientes que hicieron abandonar el tipo radiado, según se hizo al construir la nueva penitenciaría de Punta Carreta.

J. M. Fernández Saldaña



El Santuario de los pájaros

por Axel Munthe.

Los pájaros! ¡Los pájaros! ¡Cuánto más feliz hubiera sido mi vida en la hermosa isla, si no los hubiera amado tanto! Gustábame verle llegar cada primavera a millares y millares; era una alegría para mis viejos oídos oírles cantar en el jardín de San Michele. Pero llegó un tiempo en que casi deseaba que no vinieran; hubiera querido hacerles una señal, cuando aun estaban lejos sobre el mar, y advertirles que continuasen con su bandada de ánsares silvestres, muy elevados en el cielo, derechos hacia mi lejano país del Norte, en donde se hubieran hallado seguros contra el hombre. No pedían más que descansar un poco después de su largo vuelo al través del Mediterráneo; el fin de su viaje, la tierra en que habían nacido y donde criarían a sus pollitos, hallábase aún muy lejos. Venían a millares: palomas torcaces, tordos, tórtolas, perdices, codornices, oropéndolas, alondras, ruiseñores, nevatillas, pinzones, golondrinas, currucas, petirrojos y otros mil minúsculos artistas en camino para dar conciertos primaverales en los silenciosos campos y en los bosques del Norte. Dos horas después revoloteaban impotentes en las redes que la astucia del hombre había tendido por toda la isla, desde las rocas marinos hasta las faldas del Monte Solaro y Barbarossa. Por la noche los embalaban a millares en cajitas de madera, sin alimento y sin agua, y eran expedidos en un barco de Marsella, para que los comieran en los elegantes restaurantes de París. Era un comercio lucrativo. En Capri había desde siglos atrás un obispado que vivía exclusivamente de la venta de los pájaros cazados en las redes. En Roma le llamaban "il vescovo delle quaglie". ¿Sabéis cómo cazaban con las redes esos pajarillos? Escondidos entre los árboles, entre palos, había pájaros enjaulados de reclamo, que incesante y automáticamente repetían su monótono llamamiento. No podían parar, continuaban llamando día y noche hasta que morían. Muchos antes de que la ciencia aprendiera a conocer algo de la localización de varios centros nerviosos en el cerebro humano, ya había revelado el diablo a su mejor discípulo, el hombre, su horrendo descubrimiento: que cegando a un pájaro con una aguja candente, cantaría automáticamente el pájaro. Es cosa vieja, conocida ya de los griegos y de los romanos. Y aun se practica hoy en todas las costas meridionales de España, de Italia y de Grecia. De cien pájaros, sólo unos pocos sobreviven a la operación, pero es un buen negocio: hoy día, un tordo ciego vale en Capri veinticinco liras. Durante seis semanas de primavera y otras tantas de otoño, toda la falda del Monte Barbarossa estaba cubierta de redes, a partir de las ruinas del castillo hasta la cúspide de la tapia del jardín de San Michele y hasta el pie de la montaña. Era reputada por la mejor "caccia" de toda la isla, y con frecuencia que daban allí aprisionados más de mil pajaritos en un solo día. La montaña pertenecía a un hombre de tierra firme, un ex carnicero, famoso especialista en cegar a los pájaros, y mi único enemigo en Anacapri, además del médico. Desde que había empezado a construir San Michele, estaba con él en guerra sin cuartel. Había apelado yo a la Prefectura de Nápoles, al Gobierno de Roma; y me dijeron que nada se podía hacer, porque la montaña era suya y tenía a su favor la ley. Yo había obtenido una audienci de la dama más influyente del país, me había sonreído con la encantadora sonrisa que le había conquistado el corazón de toda Italia, me había honrado invitándome a comer: las primeras palabras que leía en la minutá eran: "Pate d'alouettes farcies". Recurrí al Papa, y un cardenal obeso me dijo que, casualmente, al amanecer de aquella mañana, Su Santidad se había hecho conducir en silla de mano a los jardinas del Vaticano para presenciar la caza de pájaros, que había sido buena, pues habían cogido más de doscientos. Raspé la herrumbre del cañoncito que los ingleses abandonaron en mi jardín en 1808 y empecé a disparar un cañonazo cada cinco minutos, desde las doce de la noche hasta la hora del alba, con la esperanza de alejar de la montaña fatal los pajaritos. El ex carnicero me formó causa por entrometerme en el ejercicio legal de su comercio; tuve que pagar doscientas liras de multa. Enseñé a mis perros a ladrar toda la noche, renunciando al poco sueño que me quedaba. A los pocos días, murió de repente mi gran perro de Maremma. Le encontré señales de arsénico en el estómago. A la noche siguiente vi al asesino escondido detrás de la tapia del jardín y la emprendí a puñetazos con él. Me formó otra causa y tuve que pagar quinientas liras por egresión. Vendí mi magnífico vaso griego y mi querida "Madonna" de Desiderio de Settignano — que Anatole France quiso siempre comprarme con engaños— para reunir la enorme suma que me pedía por la montaña y que era cien veces mayor que su verdadero valor. Cuando fuí a verle con el dinero, empezó de nuevo con su vieja táctica y me dijo que había doblado el precio. El conocía a su hombre. Había llegado a tal punto mi exasperación, que tal vez hubiera renunciado a cuanto poseía, por llegar a ser propietario de la montaña. La matanza de los pájaros seguía como antes. Yo había perdido el sueño, no podía pensar en otra cosa: desesperado, huí de San Michele y partí en mi yate para Montecristo, con la intención de regresar cuando ya se hubieran marchado de la isla los últimos pájaros.

Lo primero que oí a mi regreso fué que el ex carnicero se estaba muriendo. Dos veces al día se decían en la iglesia misas a treinta liras cada una por su salvación; era uno de los hombres más ricos del pueblo. Al anochecer llegó el párroco, pidiéndome en nombre de Dios que visitase al moribundo. El médico del pueblo sospechaba que tuviese una pulmonía; el farmacéutico estaba seguro de que era un accidente; el barbero pensaba en un "colpo di sangue"; la partera insistiía en que aquella era "una paura". El mismo párroco, que siempre pensaba en el "malocchio", se había decidio por aquello. Me negué a ir, dije que en Capri no había sido yo nunca médico más que para los pobres, y que los médicos titulares de la isla tenían perfecta capacidad para luchar contra cualquiera de esos males; añadí que sólo iría con la condición de que el hombre jurase sobre el crucifijo que, de sobrevivir, no volvería a cegar a ningún pájaro y que me vendería la montaña al exorbitante precio de un mes antes. El hombre se negó. Por la noche le administraron los últimos sacramentos. Al amanecer volvió a mí el párroco. Se había aceptado mi ofrecimiento, jurante ante el crucifijo. Dos horas después yo le sacaba de la pleura izquierda medio litro de pus, con gran consternación del médico titular y para gloria del Santo Patrón del pueblo. Contrariamente a mis previsiones, curó el hombre. ¡Milagro! ¡Milagro!

Ahora la montaña de Barbarossa es un santuario de los pájaros. Cada primavera y cada otoño millares de pajarillos cansados reposan en sus laderas, protegidos contra los hombres. A los perros de San Michele les está prohibido ladrar mientras los pájaros reposan en el monte. A los gatos no se les permite salir de la cocina sin un cascabel de alarma atado al cuello. Billy, el vagabundo, está encerrado en la casa de los monos, pues sabe Dios lo que pueden hacer un mono o un niño

Hasta ahora no he dicho una palabra que pueda desprestigiar el último milagro de San Antonio, que, sin exagerar, ha salvado por muchos años la vida de miles de pájaros anuales. Pero cuando todo haya terminado para mí, quiero susurrar al ángel más cercano, que, con todo el respeto debido a San Antonio, fuí yo y no él, quien extrajo el pus de la pleura izquierda del carnicero, y suplicaré al ángel que me dedique algunas buenas palabras, si no lo hace ningún otro. Seguro estoy de que Dios Todopoderoso ama los pájaros, pues de no ser así, no les hubiera dado las mismas alas que dió a sus ángeles.

dibujo de Cristal







CINE

Simone Simón

En el Cine Metro se exhibe con éxito, la producción 20th Century-Fox "Séptimo Cielo", que ha dirigido Henry King y que tiene como intérpretes principales a la bella y espiritual estrella francesa Simone SIMON, acompañada por el actor James STEWART, secundados por un selecto reparto.



LA VOZ DEL AMO Y SEÑOR

por Odette Pannetier.

Los llamados telefónicos se suceden, la secretaria trae a la firma, la correspondencia, hay todavía tres personas que esperan en el corredor, ser recibidas.

—Escucha, dice Carlos, cenemos juntos; será lo más simple. De otro modo no dispondré de tiempo para explicarte todo el negocio. ¿Convenido? ... Cena de solteros. Y hago una o dos cosas más que debo hacer y te recojo ahí dentro de media hora. O mejor nos citamos en lo de Foukés, a las siete. Quedamos así?...

—Es que... Me espera mi mujer, viejo, — respondió Beltrán. Siempre ceno con ella...

—Pero una noche... telefonéale. Explícale que no cenas con una chica cualquiera, sino conmigo. Te diría que la trajeras, pero la aburriría mucho el escuchar mis historias. Oh! y después de todo, acaso no puedes cenar una noche sin tu mujer? Te pegará cuando vuelvas?

—No, claro que no...

—Entonces, quedamos así? A las siete en Foukés. By-Bye...

Carlos cerró de un golpe la puerta, la abrió de nuevo, asomó la cabeza.

—Puedes jurarle por tu honor que te devolveré a las diez y media... A partir de las once ella tendrá derecho a esperarte detrás de la puerta con una escoba...

—Idiota! — dijo Beltran riendo, luego va al teléfono, disca su número. Es Elisa quien responderá sin duda. No, es Ivonne misma. El dice apenas:

—¿Hola?

Y ella contesta suavemente, tiernamente, melosamente:

—Hola? ¿Eres tú?...

—Sí, querida... Para decirte que esta noche no voy a cenar...

Del otro lado, al extremo del hilo, Ivonne repite:

—Ah!... Eres tú, Beltrán...

Pero ya otra voz. Una voz amable, bien entendido, pero cambiada, menos colorida. Digamos las cosas como son: una voz decepcionada. En el primer momento, Beltrán no prestó mayor atención. Piensa que Ivonne está enojada porque el no vá, porque tiene que cenar sola.

Reanuda su tarea. Firma la correspondencia. Recibe las personas que lo esperan desde hace tanto tiempo y que deben ser tan molestas!... Y es justamente mientras que recibe esas personas tan molestas!... que vuelve a pensar en el llamado telefónico. Evidentemente Ivonne se disgustó por lo de la cena, él siempre tan puntual, asiduo, amoroso...

Pero, de todos modos, que diferencia de tono entre aquél: "Hola, eres tu" y lo que vino después... en seguida... Ah! lo recordaba muy nitidamente. De inmediato ella le había dicho: "Ah! Eres tú, Beltrán?'" Luego Ivonne no pensaba que era él? A quién estaba pues destinado ese tierno: "Hola, eres tú?"...

Intenta asegurarse. Ella reconoció su voz y de inmediato. Sobre esto no había duda. Enseguida piensa que esto no es cierto. Su voz, en el teléfono, ella no la conoce. Como podría conocerla? Jamás han hablado por teléfono. El está siempre a las horas de almorzar y cenar. No se demora nunca. Es un marido ejemplar Cuando parte en viaje, la lleva con él. Por así decirlo, ellos, jamás se han separado Como quiere usted que ella conozca su voz por teléfono? Solo que si no conoce su voz, conoce en cambio otra que se le parece, otra voz a la cual ha dicho: "Hola, eres tú?, tierna, amorosamente. La voz de quien? ...

Quiere reaccionar, se trata de loco. Ivonne lo ama, está seguro. Ella lo adora como él a ella. Sus sospechas son injustas odiosas. Peor aún: degradantes para él, para ella, para el amor que se profesan. Lo sabe, pero lo sabe como se sabe que se tiene un dolor de muelas.

Al fin, ya ha terminado su cena! Regresa. Ivonne está en tren de escuchar la radio. Sentada en su sillón familiar, leyendo y fumando con los gestos de todas las noches. El siente como un aliento reconfortante, de renovación de su felicidad. No! es estúpido haber imaginado sabe dios qué cosas?...

Tiene deseos de confesárselo todo. Pero piensa que se enojaría, que le produciría un dolor. Es casi involuntariamente que pregunta:

—¿Conociste mi voz en el teléfono?

Ella tiene una risa breve, en la cual hay un no sé qué de inquietud! El lo siente como que, en el mismo momento, siente que esperaba una risa más franca, más sonora.

—Claro que sí, vamos, seguro... Eres raro!...

—No sé... Me diste la sensación de sorprenderte cuando te dije que era yo. Dijiste: "Ah, eres tú?..."

—Y bien Sí... ¿Y, con eso?

—Después... nada.

Se produjo un silencio. Hay un montón de silencio. Silencios llenos de amor, silencios llenos de inquietud, silencios llenos de odio. Este es pesado, torpe, un silencio para el cual no se encuentra una palabra susceptible de romperlo.

Es Beltrán que lo rompe sin embargo:

—No esperaba que contestaras. Habitualmente es Elisa quien responde...

—Yo estaba mismo junto al aparato...

—¿No saliste hoy?

—Sí. Pero regresé temprano. ¿Por?...

—Por nada.

—Pero ¿qué tienes? ¿Por qué pones esa cara? Mi pobre amigo, no te sienta bien el cenar fuera...

Y habría otras preguntas que hacer, él lo siente pero no sabe cuáles.

Se acuesta, se besan como todas las noches. Ella se apreta contra él, se acurruca en sus brazos. No tan cerca como para que no haya algo entre ellos...

Pasa un día, pasan dos. Beltrán no piensa más que en "eso". Siempre, siempre en el oído, ese tierno: "Ola, eres tú?" lánguido y suave como la tarde de un hermoso día.

No sabía hasta ese momento lo que era una obsesión. Ahora sabe que es una cosa magnífica para volverse loco. Responde equivocadamente en el teléfono, reprende a la secretaria, trata de fijar la atención sobre mil cosas y no lo consigue con ninguna. Entonces, el tercer día, hacia las seis y media, toma el teléfono, disca el número. Su corazón late tan rápidamente que es a él a quien se va a oir más fuerte, más seguro, más alto que su voz.

—¿Ola?

—Ola, ¿eres tú?

—Sí...

—Oye, te he esperado durante una hora. Por qué no viniste, amor mío? Habrías podido telefonearme esta mañana, al menos...

—¿Querido, qué tienes? ¿Me quieres siempre? Dímelo, querido... Respóndeme... Oh! Estoy tan inquieta... Además, mi marido ya no es el de antes... No sé lo que le pasa... Se diría que sospecha algo... Querido... Dime algo..., tranquilízame... Soy tan desgraciada!

Coloca eu tubo. Está anonadado. Mira hacia el suelo como si pensara ver en el lo que resta de su amor. Pedazos...

¿Qué hacer? ¿Matarla? No es él un héroe de novela. Ni de policiales. Divorciarse, transformarse en uno solo, después de haber sido dos?

—¿Y el correo, señor? Si no le molestara podría firmarlo,— dijo la secretaria. Tengo miedo de perder mi tren...

No porque uno sufra, debe impedir a su secretaria regresar a tiempo a su casa en los barrios apartados.

En las historias de amor decepcionado, de adulterio, el marido burlado o el amante infeliz era toda las noches en las calles desiertas. Beltrán no puede siquiera vagar: tiene su coche.

Ahí está su calle, su casa. Dos minutos más tarde se encuentra frente a Ivonne, sonriente y trágica a la vez. Se esfuerza en parecer tranquila y es casi doloroso ver lo nerviosa que está. Se pone a reir al ver la pobre expresión de Beltrán.

—Ah Te agarré. Esta vez si que caiste, eh? Lo que habrás caminado, mi buen hombre... Ah! sabes que es gracioso?... Esto te enseñará a sospecharme. ¿Salió bien la escenita por teléfono?...

Hay un instante — oh! un pequeñísimo instante — de felicidad estupefacta. ¿Ivonne lo reconoció?... El ve, después, entre sus manos, un pequeño pañuelo totrurado y reflexiona que, cortada la comunicación, ella debió de llamar de nuevo para saber si no era el otro, para cerciorarse... ¿Qué le dijo ese otro que ella esperó, ese otro a quien suplicaba? Que habían terminado, sin duda...! Que le importaba poco de su amor? Exactamente como si Beltrán lo hubiese encargado de vengarlo. Entonces Beltrán mira a Ivonne, hay en los ojos del hombre tanta bondad, triste y tierna, que ella ya no puede más, estalla en sollozos, se arroja en sus brazos y se pega a él:

—Beltrán, mi querido, mi querido... te amo tanto, si supieras, tanto...

Beltrán sonreía. Si ella pudiese verlo en este momento, comprendería que no lo engaña. Pero tiene la cabeza hundida en su pecho, en el sitio habitual. Ella no lo ve. Sólo le oye decir suavemente:

—Claro que sí... sí, soy un tonto... No hablemos más. Ven, pobrecita... Ven, no llores. Es hora de cenar.

ilustración de Sifredi

SOCIALES



Sra. Elsa Díaz Peluffo que contrajo enlace con el Dr. Arturo Dubra.



Sta. María Vivas Soba que contrae enlace con el Sr. B. F. Caviglia Repetto.





Rosita Alicia y Roberto Julio de los Reyes Boeri.

Las canas

Como se deben combatir.

INDICAMOS a nuestros lectores el uso de una loción muy eficaz y completamente inofensiva, pues no se trata de tinturas ni teñidos con sustancias peligrosas, nos referimos a la Loción Mon Amour, preparado que recomendamos muy especialmente por sus buenos resultados. Sabemos que la Farmacia Rey, 25 de Mayo 387, tiene ese preparado y es de muy poco precio.

Un cutis bien cuidado siempre sera hermoso.

Las mujeres que tienen el cutis un poco ajado o debilitado por paspaduras, barrillos o manchas, deben aplicarse tres o cuatro veces al día, un poco de glicerina de almendro, que se obtiene ahora en frascos pequeños de 45 cts., y en los grandes bien conocidos. Esta glicerina de almendro es especialmente preparada y vivifica y rejuvenece la epidermis. Todas las farmacias tienen los dos tamaños de frascos legítimos.

EN UNA CLASE DE GIMNASIA, FRENTE AL LOCAL [...]
POR EL PROFESOR XIFAY P. CALCAG[...]



TREINT[...] Y TRE[...]

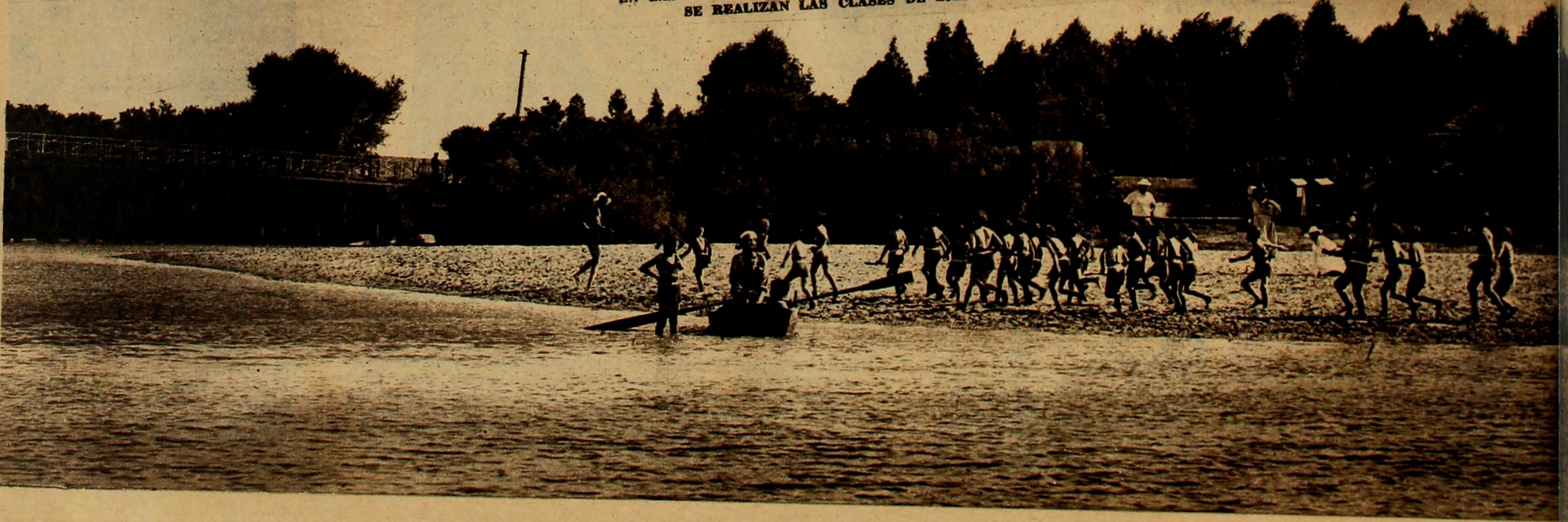
ESCUELA AL AIRE LIBRE DE

SE PROCURA A LOS ALUMNOS LECCION[...]
PROFESOR JORGE C[...]



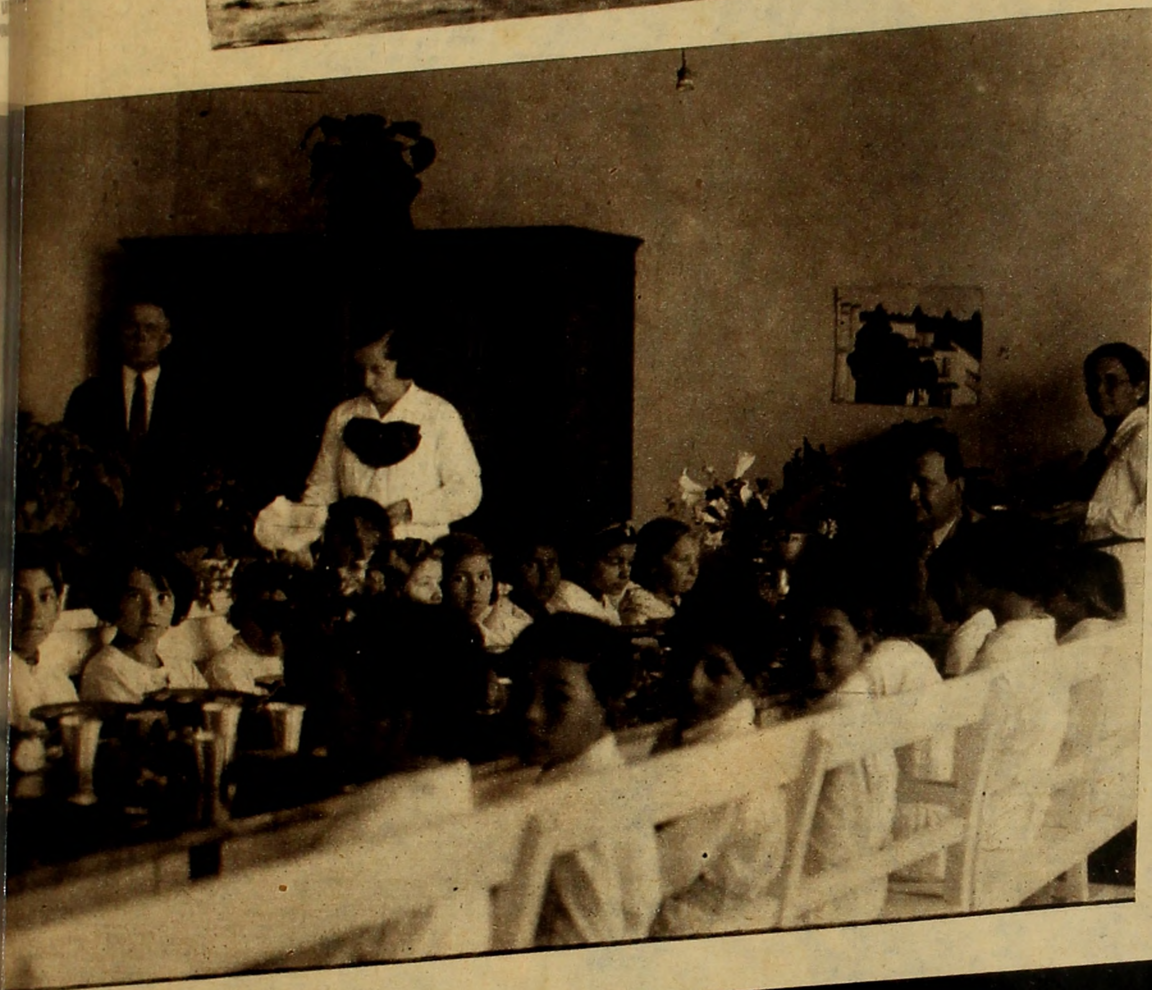


EN LAS ORILLAS DEL RIO OLIMAR, Y EN LA ESTACION PROPICIA,
SE REALIZAN LAS CLASES DE EJERCICIOS FISICOS





DURANTE UNA DE LAS HABITUALES EXCURSIONES VERANIEGAS A LA COSTA DEL OLIMAR



NOTAS de la "Escuela al Aire Libre", que funciona en la ciudad de Treinta y Tres, con nutrida población escolar a la que se presta particular atención, procurándoseles alimentación. Dirige esta escuela la señora Lucía Luzardo de Bilbao, y forman parte del personal la ayudante señorita María del Carmen Suárez Roig, el profesor de gimnasia Sr. Xifay P. Calcagno, y el maestro de canto señor Jorge Clavk, que aparecen en estas notas conjuntamente con el Presidente de la Comisión de Fomento Escolar, señor Pedro M. Macedo.

DURANTE EL ALMUERZO DADO A LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA AL AIRE LIBRE, ATENDIDOS POR EL PERSONAL DOCENTE

DURANTE UNA CLASE AL AIRE LIBRE



RENACIMIENTO FRANCES

ROBERTA LEGENDRE († 1520) Y LUIS DE PONCHER († 1521)

Estatuas yacentes, en mármol, por Guillermo Regnault (1523).
Proceden de la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois, de París.





GRUPO DE LAS TRES GRACIAS (fragmento)

Por Germán Pilón; fragmento del monumento funerario para el corazón de Enrique II.

La mayor parte de las esculturas representativas del Renacimiento Clásico Francés, se han agrupado en el Museo del Louvre, ofreciéndose al estudioso las manifestaciones del arte escultórico de esa época, antes dispersas por varios museos. Son de notar la habilidad de los estatuarios en ceñirse a las conveniencias arquitectónicas, su perspicacia en la distribución de las figuras. Una de las clases de monumentos más comunes son los sepulcros.

De esta época apenas se conocen más nombres que los de Luis Poucher, consejero de la corona y su esposa Roberta Lagandre. Más precisos son los datos sobre los escultores del reinado de Francisco I, entre los que se destaca Germain Pilon, autor del grupo de la Tres Gracias, que sostiene la urna destinada a guardar el corazón de Enrique II y Catalina de Médicis.

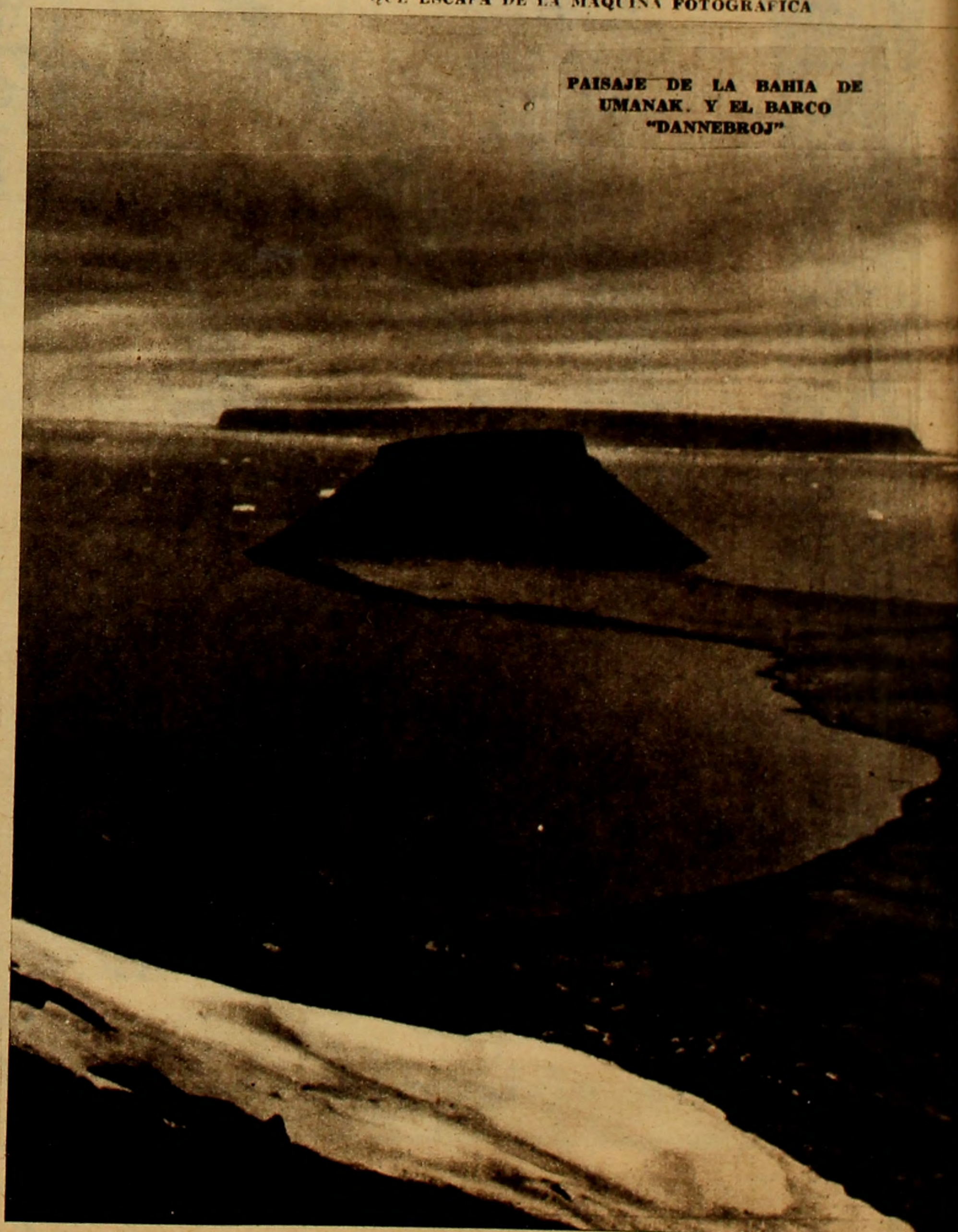


HABITANTES DE GROENLANDIA, LA ISLA MAS GRANDE DEL MUNDO. ESQUIMAL CON SU HIJO EN LA BOLSA DE CUERO DE FOCA, SOBRE LA ESPALDA



NIÑO DE THULE QUERIENDO RETRATAR A SU HERMANITO QUE ESCAPA DE LA MAQUINA FOTOGRAFICA

THULE, GROENLANDIA



PAISAJE DE LA BAHIA DE UMANAK. Y EL BARCO "DANNEBROJ"

ESQUIMAL, CON SUS HIJOS, DISFRUTANDO DEL SOL EN ALTURAS DEL DISTRITO KAI' YORK

GROENLANDIA, (que en idioma escandinavo significa "Tierra Verde"), es una isla del Océano Artico, la mayor del mundo, si se considera a Australia, como Continente. En una extensión de más de dos millones de kilómetros cuadrados ,solamente 88.000 están libres de hielos perpetuos. Las costas acantiladas presentan una formación extensísima de "fiords", en los que desembocan inmensos ventisqueros que, con gran velocidad, arrastran aquellos témpanos gigantescos que las corrientes marinas derivan hasta el sur, en la región navegable del Atlántico.

Toda Groenlandia está dentro de la esfera del clima polar, y únicamente las costas están abiertas a la vida orgánica. Las habitantes de Groenlandia son esquimales, entre los cuales viven unos centenares de europeos, entre funcionarios, misioneros y comerciantes.

El modo de vida, la habitación y el vestir de los esquimales se acomodan con las características de las condiciones árticas. El trineo y el cayac son sus utensilios más importantes, y sus recursos de vida la pesca de la foca, la ballena y otros animales; la caza del reno y los pájaros montaraces. La lengua, riquísima en formas, de los esquimales de Groenlandia tiene estrecho parentesco con la de las tribus esquimales del labrador y del extremo N. O. de la América del Norte.

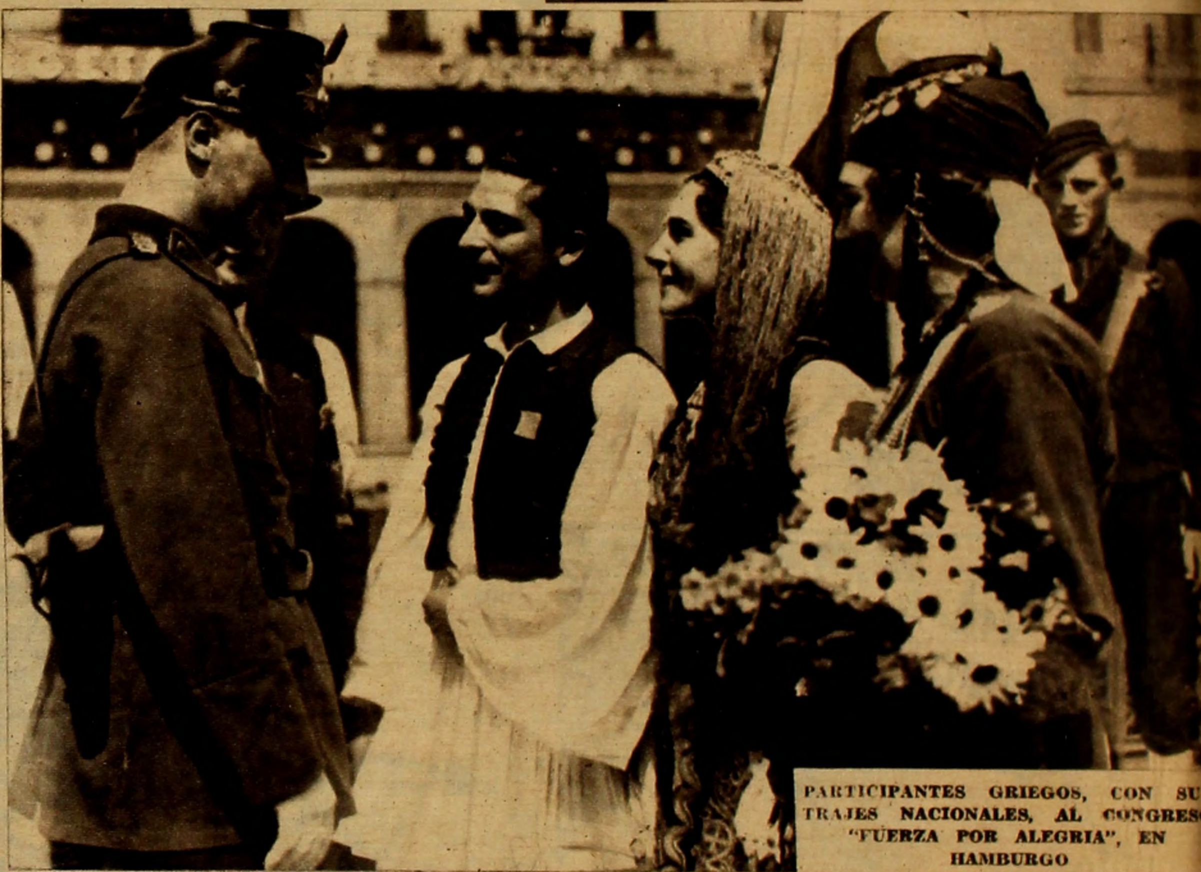
Varias veces se ha intentado penetrar en el interior en dirección O. E. por las célebres masas de hielo groenlandesas. El primero en acometer esta empresa fué el dinamarqués Lars Dalager, después, en la epoca moderna, Jensen y más tarde el noruego Nansen, que demostró la completa congelación del interior de Groenlandia. Peary, además, en una arriesgada expedición en trineo, comprobó que esta masa de hielo se extendía hasta el extremo norte, comprobando su carácter de isla.



EL MARISCAL TUCHATSCHEWSKI, DE LA UNION DE LAS REPUBLICAS SOCIALISTAS SOVIETICAS, Y 8 GENERALES MAS FUERON EJECUTADOS EN MOSCU EL 11 DE JUNIO PASADO, ACUSADOS DE ALTA TRAICION

EN LA PRIMAVERA SE LLEVA EL GANADO AL PASTO ALPESTRE EN LAS MONTAÑAS BAVARAS. ANTES SE CUMPLE UN RITUAL ANTE UNA IMAGEN COLOCADA EN DETERMINADO LUGAR. ESTA NOTA MUESTRA A PASTORES SUIZOS CUMPLIENDO EL RITO

PREPARANDOSE PARA LA GUERRA MASCARA DESTINADA POR LA POBLACION ALEMANA, PARA EL SUPUESTO DE UN ATAQUE CON GASES TOXICOS



PARTICIPANTES GRIEGOS, CON SUS TRAJES NACIONALES, AL CONGRESO "FUERZA POR ALEGRIA", EN HAMBURGO



EN HAMBURGO SE ESTA REALIZANDO UN CONGRESO DE LA COMUNIDAD "KRAFT DURCH FREUDE" (FUERZA POR ALEGRIA), A LA QUE PERTENECE ESTA NOTA, TREMOLANDO BANDERAS EN UNA DE LAS MANIFESTACIONES CALLEJERAS

Tarzan

EL ESPIA

por EDGAR RICE BURROUGHS























LA FRAGATA "HERCULES" DEL ALMIRANTE BROWN ESTABLECIENDO EL BLOQUEO DE MONTEVIDEO EN 1814. OLEO DE LYNCH EN EL MUSEO DE BUENOS AIRES

SURGE FRENTE A MONTEVIDEO



EL ALMIRANTE BROWN DURANTE EL COMBATE CON LA ESCUADRA REALISTA FRENTE A MONTEVIDEO. OLEO DEL ARTISTA F. R. BENESSH

REUNIONES y más reuniones se sucedían en Montevideo, a principios de 1814,— sitiado como estaba por las tropas del General Rondeau, —y en ellas se deliberaba sobre las tratativas de paz, a que habían sido convocados los hombres más notables y después en la Junta de Guerra en que habían de discutirse las urgentes medidas que reclamaban los acontecimientos.

Todo induce a pensar que nuestra capital no debía tener un aparente motivo de apremio, tratándose de una verdadera plaza fuerte, circundada de fortificaciones y baterías, despejado de enemigos el lado del mar, y complementada por ese lado la defensa con una fuerte y numerosa escuadra que disponía de 155 cañones y 1.180 hombres de tripulación.

Formando una cadena impresionante, que cerraba la bahía desde la Isla de Ratas hasta la Capitanía, estaban fondeados los siguientes buques: del lado del Cerro las corbetas "Mercurio", "Paloma", la fragata "Mercedes", y el queche "Hiena", enarbolando este último la insignia de Jefe, el Comandante General de Marina Miguel Sierra, designado en sustitución de Primo de Rivera. Por el costado opuesto, donde la cadena de buques se acercaban a la ciudad: el lugre "San Carlos", la goleta "María", los bergantines "San José" y "Cisne". En el centro: fondeaba la fragata "Neptuno" y la balandra "Corsario" mostrando el gallardete del 2.o Jefe, cargo confiado al capitán de fragata don José Posadas, aquel mismo valeroso castellano, que fuera vencido y prisionero de Artigas en la batalla de las Piedras, cuya libertad obtuvo en un canje de prisioneros.

Figuraban todavía en último plano, diversos lanchones de varios tamaños, y con justísima razón los montevideanos, que podían observar a diario con sus propios ojos aquellas naves, todas erizadas de cañones por babor y estribor, habían depositado en ellas una confianza ilimitada.

Así fué como en las deliberaciones para adoptar medidas en defensa de Montevideo, prevaleció la idea de utilizar aquellos barcos y provocar el combate naval a la escuadra de Buenos Aires, cuyo mando le había sido confiado a un irlandés, hombre de gran temple y pericia, llamado Guillermo Brown, capitan mercante hasta entonces, que asumía las funciones de primer almirante argentino desde ese momento.

Claro está, que, en los planes ideados por los entendidos de la Banda Oriental,

EL ALMIRANTE BROWN QUE HA SIDO ALCANZADO POR UN PROYECTIL, CONTINUA EN EL COMANDO DE SU ESCUADRA. DIBUJO DEL PINTOR NACIONAL DIOGENES HEQUET